

¿Cómo citar los artículos de este libro?

Apellidos, Nombre (del autor del texto elegido) (2010). "Texto" (del artículo), en Aguilar Gil, M. (Coord.) *Construcciones y deconstrucciones de la sociedad*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo elegido).

MARIA ANTONIA GARCIA DE LEON.

(Profesora Emérita de Sociología, UCM).

MARTIN GOMEZ-ULLATE.

(Profesor de Antropología, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México).

Resumen

Nuestro texto centrado en lo visual (del cual este texto es sólo un apunte teórico previo) describe y analiza lo masculino y lo femenino según los arquetipos tradicionales de género: estructuras socioculturales y simbólicas en las que han habitado individualidades de hombres y mujeres; dichas estructuras se les han impuesto en procesos complejos de dominación social los cuales, a su vez, están sometidos a procesos de resistencia y de cambio social.

Los autores reflexionan tanto sobre la estructura tradicional de los arquetipos de género, como sobre su transformación hoy, y avanzan su análisis hacia el futuro, enunciando tensiones y/o problemas pendientes, así como aspectos relevantes para la acción social (todo lo anterior a través de una cuidada selección de imágenes sociales de género que se exhibirán en un fotomontaje)

Palabras claves: régimen, seguridad, trabajo, igualdad, extranjeras.



HABITAR DESDE LOS ARQUETIPOS DE GÉNERO

Introducción

En las mujeres profesionales se produce una significativa dualidad, entroncada directamente con graves problemas de la identidad de género hoy, y que refleja la tensión que sufre dicha identidad entre ser mujer-mujer y ser profesional-profesional, por decirlo expresivamente. Tensión que el hombre profesional, más que nada *ente profesional a secas*, se ha ahorrado históricamente en una única elección: me pongo el terno gris o el mono azul, según el caso, y presto a trabajar. Parte del estrés (y de la *sobreselección social* que también a estos efectos se le exige a la mujer profesional) viene de mano de esta especie de esquizofrenia femenina socialmente impuesta que por nombrarla en forma coloquial podría exponerse bajo la forma de este singular imperativo categórico: “tener que ser la más bella y tener que dar la mejor conferencia”, por ejemplo. No hay que buscar mucho, la arena pública está llena de “profesionales-cortesanas” (o de la mujer “cortesana-profesional”), como también pudiera llamarse. No estamos hablando en términos morales, sino imparcialmente tratando de analizar ese plus, esa alienación de género que la sociedad patriarcal inflinge a las mujeres profesionales, o lo que es igual, ellas mismas se autoinflingen por haber interiorizado la dominación patriarcal. ¿Qué hombre profesional podría hacer tal “dispendio-inversión necesaria” (por ende, no dispendio) en peluquería, gimnasio, salón de estética, conseguir un guardarropa adecuado y variado, además de llevar las relaciones sociales de la familia (hablar por teléfono, como es sabido es cosa de mujeres) tratar con el servicio doméstico, ídem con los colegios de los hijos, etc. etc., es decir, todo lo que compone el universo arquetípico de

una mujer profesional hoy. Todo ello, por si fuera poco, lo hacen algunas profesionales subidas a unos zapatos puntiagudos y de tacón.

De este problema, en absoluto irrelevante, se han hecho eco muchos analistas de la vida social. Veamos el problema en la siguiente cita, extensa pero creemos que oportuna: “El efecto más contraproducente de la obsesión femenina por su imagen es el reducir sus oportunidades de emancipación laboral o profesional, que exigirían una más completa dedicación al trabajo intelectual o productivo. Se trata de uno de los dilemas más acuciantes que se le presentan a la mujer moderna, dada la contradicción que le obliga a tener que elegir entre emanciparse por medio del amor (y de la imagen ficticia que se pone al servicio ritual de éste) o emanciparse a través del trabajo. (...) Pero esta duplicidad vital tiene un coste muy elevado, que impone un doble precio a pagar. Por un lado, en el ámbito de la esfera pública, surge una fuerte contradicción entre la imagen femenina, fundada en la representación ritual de la inmadurez y la minoría de edad, y la competencia profesional que se espera de las mujeres modernas. El racionalismo eficiente y la productividad técnica que se exigen en todas las profesiones resulta en buena medida incompatible con el ocioso ritualismo de la imagen femenina, que descalifica a sus portadoras con el estigma de inútiles muñecas pintadas, a las que no se puede confiar ninguna responsabilidad. De ahí el *techo de cristal*, que cierra el paso de las mujeres hacia los cargos responsables y dirigentes. ¿Por qué se empeñan las mujeres en compaginar su forzada imagen femenina con el trabajo profesional, cuando resultan tan claramente contradictorios e incompatibles? Se trata probablemente de un efecto derivado de la inercia histórica” (Gil Calvo: 2000).

1. Sobre los arquetipos de género y su relación con el trabajo profesional y el poder.

Siendo el debate uno de los rasgos más definitorios de los temas de género en la actualidad, hagamos un breve disenso respecto a ese diagnóstico sobre la condición femenina actual, de ese agudo y brillante ensayo. Sintetizadamente, y en primer lugar, no se trata de un dilema -como se indica- que hipotéticamente podría resolver el problema hacia uno u otro extremo. Se trata (por decirlo en un juego de palabras) de un único lema: ser todo, es decir, ser *mujer profesional*, por la reluctancia femenina a la lógica del productivismo de mercado, unidireccional, que exigiría ser a secas *una profesional*. En segundo término, la imagen femenina, el adorno por decirlo en un término más amplio, es, hoy por hoy, uno de los códigos culturales que más impregnan la femineidad. Es ineludible, no es algo externo a la femineidad, es un factor constitutivo que incluso ni queda obstaculizado por las diferencias de clase. Es cuestión de grado y no de cualidad: de Armani a la modesta peluquería de barrio. La necesidad de imagen es una de las más fuertes etiquetas del Yin, por así llamarlo (y esto más allá de todo esencialismo sobre “la Mujer”). Porque el asunto número uno de las mujeres hoy por hoy, sigue siendo el amor. Y para conseguirlo una de las armas más eficaces es una buena imagen como reza la publicidad más clásica. Bien que esta imagen pueda adoptar la practicidad del confort deportivo, o racionalizarse “ajournándose” a otros modos y espacios sociales. Ello no cambia el código. Por ello, renunciar a ella es como pedir a una gacela que no salte o a un leopardo que no cace. Juzgar este asunto como un juego pueril es posiblemente una percepción androcéntrica del problema. Pero lo dicho sobre la imagen femenina es un tema importante de molde cultural pero no el factor primordial por el que las mujeres tienen un “techo de cristal” (obstáculo invisible para ocupar puestos, poder, etc.). Son

los mecanismos androcéntricos de poder descritos, no la imagen, los que desposeen a las mujeres. Así pues, efectivamente hay que acercarse a la imagen femenina con la distancia aséptica del antropólogo que va a descubrir pautas culturales nunca vistas, de una “racionalidad arbitraria”, pero a fin de cuentas racionales e inteligibles para el objetivo vital femenino por excelencia: obtener amor.

¿Y por qué el amor no es el problema número uno masculino, y por tanto el tema de la imagen no le compete de un modo radical? Porque la acción es el “leit-motiv” hecho naturaleza histórica en los hombres. La rigidez masculina (su super-ego) es la espoleta fundamental para la acción y casi siempre dirigida a dominar y obtener poder. En contraposición, esa especie de posibilismo femenino es el caldo esencial para el cultivo y mantenimiento de la vida, casi siempre dirigida a dar y obtener amor.

En síntesis, podríamos trazar el siguiente esquema de opuestos con todos los matices que acabamos de tratar sobre las históricas masculinidad y femineidad de nuestras sociedades: 1º) “Taylorismo” o “workaholismo”, es decir, adicción al trabajo, por parte de los hombres, de una forma monolítica u homogénea (compartida generalmente por todos los hombres) y unidireccional, sin fisuras, fragmentaciones o vacilaciones, sino el trabajo como valor por antonomasia. *Mestizaje, dualidad, fragmentación vital femeninas*, en clara contraposición a todo lo anterior, bien que ésta sea de hecho o bien que funcione sólo como cuestión de mentalidad, ideológica. 2º) Especialización masculina (profesionalización a ultranza). *Diversidad femenina*. Se puede ser profesional, pero también muchas otras cosas, ya sean en el plano real, en el plano mental o en el plano del deseo y del imaginario. 3º) Rigidez masculina (esa vida de trabajo unidireccionalmente especializada que acabamos de esquematizar, además apoyada por un rotundo super-ego masculino. *Posibilismo femenino*, en las antípodas de todo lo anterior y abasteciendo la necesidad de diversidad y flexibilidad que por definición necesita la vida como tal vida para sobrevivir. Todo ello lejos del espíritu tanático al que pueden abocar las características opuestas de la masculinidad.

Hasta tal punto esas diferencias de género son importantes que podríamos decir, en un cierto nivel que las mujeres carecen de super-ego, o tienen otro sistema normativo, siendo este aspecto una de las divergencias más notables entre hombres y mujeres. Divergencia que se pone de manifiesto claramente y traspasa sus relaciones sociales.

Tal vez habría que promediar e hibridar esas tendencias que actúan como tensiones estructurales de la masculinidad y la femineidad, es decir, la tendencia a que el amor sea la tensión femenina por excelencia y la acción-trabajo la auténtica tensión masculina. Asimismo, promediar las siguientes dicotomías: el poder, un asunto y un gueto de la masculinidad; la domesticidad, un asunto y gueto de la femineidad.

Respondiendo a nuestra cuestión inicial sobre cómo las mujeres no articulan el poder, podríamos decir “mutatis mutandi” e inversamente al caso masculino: no lo articulan porque no tienen poder que articular. Y ello es una cuestión meridiana, “de facto”. Pero hay más. Ya hemos apuntado los obstáculos que esa naturaleza femenina construida históricamente opone al poder, dificultando su obtención y ejercicio, y en cualquier caso no mostrando el alto grado de especialización masculina en obtenerlo y ejercitarlo. Es como si en una misma competición corrieran atletas de élite (los hombres) y atletas en fase de entrenamiento (las mujeres). Nunca mejor dicho: entrenamiento histórico. El público sabría que la carrera no está igualada, que no debe tener las mismas normas. De ahí, la necesidad de esa especie de intervenciones quirúrgicas que son las medidas de discriminación positiva para las mujeres.

Siguiendo con el símil, para que haya más atletas femeninas (cantidad) y para allanarles la meta (cualidad: lograr poder) en una carrera “tramposa”, en la que correrían en desventaja, ¿qué habría que hacer? ¿Participar en este juego trucado a favor de los hombres que es el poder actual, teñido de todos los impedimentos ventajistas de la cultura masculina que lo ha forjado, rechazarlo frontalmente y seguir con la consuetudinaria división sexual de la vida, o bien entrar en el juego del poder para cambiarlo, transformándolo aún a costa de alienarse en él, pero explicitando, al menos, otras reglas del juego? (Véase este interesante [hipertexto](#) sobre Lady Nokia que acompañamos intencionadamente, como un ejemplo excelente que glosa nuestro discurso. Qué distinta vivencia del ejercicio del poder, por parte de esta élite femenina).

LADY NOKIA SE VA A CASA

A los 49 años, con un sueldo anual de 900.000 euros y un papel clave en el coloso europeo de los teléfonos móviles, ha escrito una carta: “Querido presidente, le dejo”. Y ha retomado su vida.

Catalogada por “Financial Times” la mujer más influyente de los negocios europeos, deja su cargo porque le gustan las cosas sencillas, como “coger setas en el campo”.

“Cuando tienes una función global, cuando hoy estás en China y mañana en París, estás de servicio las 24 horas del día durante siete días a la semana”.

El éxito, un peligro.

“Para una mujer”, dice Sari, “es más sencillo elegir si quiere trabajar o quedarse en casa. Los hombres son menos libres, sufren una presión social muy fuerte”. Pero es la única diferencia de género que admite. “Cuando trabajas, eres tú mismo. No creo que exista un modelo femenino y otro masculino de ejercer el poder. Es un estereotipo, una opinión caduca, superada; yo nunca he sentido que tuviera que ser como un hombre, ni tampoco he percibido nunca que esto fuese lo que los demás esperaban de mí. Las diferencias son sólo culturales y personales. Quizá para las mujeres sea más fácil abrirse a las emociones, ser capaces de escuchar. Diferencias difuminadas, desde luego, en un país nórdico; en Finlandia, las mujeres tienen derecho al voto desde 1906. El presidente de la República es una mujer, al igual que la mitad de los ministros del Gobierno”.

Por tanto: “Ahora, durante seis meses, no haré nada. He decidido disfrutar de un periodo de alejamiento, y luego ya veremos. No me gustaría encontrarme de nuevo con la agenda llena de la mañana a la noche, y esto es un peligro, porque soy una persona que tiende a dejarse arrastrar por las cosas, no me gustaría que mi madre volviera a regañarme, porque se queja de que siempre estoy volando”. La decisión de hoy, dice, estaba tomada desde hace ya tiempo. “Hay que planificarse, porque si no, la vida hace sus planes y se antepone a los tuyos y te mantiene dentro”. Hace tres años se lo comunicó a su presidente, y hace diez dio un primer paso, “un acto relacionado lógicamente con lo que he decidido ahora: seis

meses de excedencia para esquiar y para estudiar la historia de Europa y la cultura de Asia”. “De verdad que no es cansancio. Todavía *quiero trabajar*, y no sería capaz de no hacerlo. Pero habrá otras formas. Siempre he pensado que no quiero perder mi identidad, que no quiero confundir mi persona con el papel que desempeño. Quiero ser yo misma”. Sigue levantándose entre las seis y las siete de la mañana, porque “está bien tener un largo día por delante”; juega al tenis, va a la montaña, en su precioso chalet de la costa meridional de Finlandia; irá pronto a Italia, “a Siena, la Toscana es tan dulce”, a estudiar uno de los pocos idiomas que no conoce, el italiano. Y ahora, una vez terminado el sándwich de pan negro, tiene algo de prisa, ha de ir al gimnasio.

El País, 6 de marzo de 2005

2. El poder obsceno / el poder fuera de la escena.

Domina, en la actualidad, un primer tratamiento del binomio poder y género muy generalizado y casi tópico (pero necesario) que es el siguiente: el comportamiento formal en organizaciones formales (dicho con esta deliberada redundancia) de hombres y mujeres, de sus peculiaridades, de sus divergencias, todo ello singular pero bastante sopesado y bajo control, dado que hay unas normas establecidas y estamos ante un tema de los llamados políticamente correcto: la no discriminación de género.

Las diferencias se hacen notables y son a todas luces reconocidas por sus protagonistas, cuando éstos se desenvuelven en la esfera informal que toda organización posee (los llamados “colegios invisibles”, redes, grupos de presión, etc.) incluyendo los contactos extraprofesionales entre personas profesionales (más allá de la red profesional, y fuera de “escena”, están: los restaurantes, los club selectos, los campos de golf, etc. etc.). Es para este ámbito, indudablemente el más poderoso, para el que aplicamos ese juego de palabras y de significados: *el poder ob-sceno*, el poder fuera de la escena que puede conllevar dosis de “obscenidad” moral y social en tanto que transgrede las normas del frontispicio de la Modernidad: *liberté, égalité, fraternité*, o dicho de otro modo, afecta a la transparencia e igualdad del mérito meritocrático (en esta redundancia deliberada). Y es en este sentido, que a los más débiles socialmente (especialmente a las mujeres) este juego del poder oculto, fuera de escena, les es particularmente perjudicial.

Ciertamente, es en la esfera informal donde se da el mejor caldo de cultivo del poder, pues bien es sabido que el poder gusta de conspiraciones, “pequeños comités”, de covachuelas, y por el contrario, huye de la luz del día, de la transparencia, en las que no podría realizar sus arbitrariedades grandes o pequeñas, sus cooptaciones, sus variadas trapisondas. Constituye todo ello una “alta cultura masculina” (“haute culture”) a la cual las mujeres afortunada-mente/desafortunadamente no han llegado. Afortunadamente, para evitarnos una de las alienaciones más fuertes para la libertad y el espíritu humano. Desafortunadamente decimos, por otro lado, porque tal vez un poder compartido entre hombres y mujeres, podría dar la impronta de preservación de la vida y sensatez que ha generado la cultura femenina a lo largo de la Historia, el sello de auténtico servicio y cuidado del ser humano (y no cínicamente como el término “servicio” se viene utilizando como servicio de sí mismo). La vía femenina podría ser el camino para atacarlo en su dimensión actual de poder-poder con sus vertientes nefastas tanto para la

comunidad como para la persona humana (soledad, narcisismo) en suma, el poder como un auténtico abrasivo, junto a la fama, engranajes demoledores del ser humano (volvemos a aconsejar la lectura y reflexión sobre el hipertexto que adjuntamos de Lady Nokia). Desde esta perspectiva, la famosa etiqueta de “la erótica del poder”, que tanto furor hizo en la sociedad española del postfranquismo, devendría para las mujeres en la anti-erótica del poder. Pero hoy por hoy, pensar en estos términos razonables curiosamente forma parte del “desideratum” de un pensamiento utópico. Así pues, volvamos a la descripción de los mecanismos del poder informal, el poder más genuino, y cómo éstos afectan a su desigualitario reparto entre hombres y mujeres, quebrando tras bambalinas informales (pasillos, bares, etc.) con sus reglas no escritas, las reglas sí escritas de la igualdad meritocrática. Bastantes mujeres profesionales vivencian de forma negativa (probablemente las que “no han llegado aún” y no están por ello bajo el que hemos estudiado como el “síndrome de la abeja reina” (García de León: 1994) que dicho en síntesis es sacar partido de la exclusividad de ser única y no desear ni ayudar a que otras mujeres accedan al poder) y se quejan del ejercicio de un poder informal por definición desigualitario, aunque sólo sea por el hecho de que carece de convocatoria y perpetra un injusto reparto de la información, más allá del problema de género. Sólo que al ejercerse, característicamente, este poder informal por y en cenáculos masculinos crea y refuerza sistemáticamente un universo masculino de poder, convirtiéndose así en uno de los más fuertes obstáculos de las carreras profesionales de las mujeres.

Como regla general (más allá de las élites femeninas) podemos decir que a las mujeres les favorece *la transparencia*, por lo siguiente: la falta de transparencia es doblemente perjudicial como mujeres (género) y como dominadas (sujetos sin poder). Es decir, en cualquier campo con grandes dosis de poder, las mujeres, al no tener poder por lo general, no van a tener la posibilidad de influenciar o intervenir en el comercio de favores que obtener un puesto público conlleva o puede conllevar. La falta de transparencia son los mecanismos inmersos en lo que se suele llamar “hacer pasillo”, “ir a restaurantes”, etc. Constituyen una especie de *sabotaje de género* a las normas de igualdad y racionalidad que formalmente exhibe nuestra sociedad, en tanto que traspasan la vida privada e influyen en la vida pública, no se circunscriben al ámbito de lo personal sino que saltan sin control hacia el espacio de las carreras profesionales.

Para terminar, señalamos que saber desenvolverse en el ámbito y con los códigos del poder informal es asignatura pendiente de aprobar por las mujeres (o bien asignatura para recusar como crítica feminista a las no reglas de este poder informal-oculto, permitido a la sombra que quiebra las pautas de transparencia de la meritocracia). Y otra importante asignatura a aprobar por las mujeres en este desenvolverse por primera vez en la arena pública en número relativamente consistente (hito histórico de nuestra contemporaneidad) es la desalienación estética que una sociedad patriarcal les impone “quasi” como natura (en suma, una especie de violencia estética de género) la cual las sitúa en significativas contradicciones de género y desventajas respecto a los hombres que trabajan en iguales ámbitos de la arena pública.